

# VIGENCIA DE LA INDIVIDUALIDAD

*Mariano A. Sepúlveda Mattus*

*La nobleza, obliga.*

BOECIO: "De consolacione philosophiae", siglo V.

## **AMBITO DE REFERENCIA**

### **Acerca del Individualismo**

El individualismo, con toda su carga de aislamiento negativo, reconcentrado, como el del avaro; con su connotación de egoísmo intrínseco; con su finalidad de desconocimiento de los demás y de total desprecio por los afectos, los intereses, los estudios, en fin, las preocupaciones de los otros, ha devenido en sistema filosófico que considera al individuo como fundamento y fin de todas las leyes y relaciones morales y políticas. Es la propensión a obrar según el propio albedrío y no de concierto con la colectividad.

En una perspectiva histórica y no exenta de esquematismo, se ubica su origen en el llamado Renacimiento, momento de la vida de Occidente en que, desde este punto de vista, se inició el quebrantamiento de la disciplina espiritual —cuyo fundamento era la adhesión al bien común por parte de cada uno de los miembros de la sociedad— al producirse un proceso gradual y sostenido de exaltación del individuo.

El posterior trayecto de las sociedades occidentales constituyó un verdadero proceso de condicionamiento favorable a la consolidación del individualismo, como consecuencia de la destrucción de los vínculos espirituales superiores, tanto del hombre como consecuentemente de la sociedad. Aun cuando lo central de determinados fenómenos cruciales de la historia está especificado por otras génesis, transcurros y consecuencias, ellos no hicieron sino nutrirlo y acrecentarlo en su expresión característica de egoísmo incrementado a niveles intolerables.

El gran cambio, de la conciencia europea, aquel de las ideas que, desde un punto de vista temporal, se sitúa en la frontera difusa que separa el siglo xvii del xviii —cambio generador de las manifestaciones visibles que se presentarían en la segunda mitad del siglo xviii, trastrocando toda la estructura cultural de Europa— constituye incentivo poderoso de la absorción del individualismo por parte de la sociedad occidental.

La "revolución industrial" representa el clímax, tanto conceptual como de hecho, de este proceso. La expansión industrial desmesurada e inorgánica iniciada en el siglo xviii y acelerada en el siglo xix, sustentada en fundamentos demasiado liberales y despreocupados de la Humanidad en cuanto tal, produjo consecuencias sociales de honda gravedad, redundantes en una degradación de las condiciones de vida —especialmente en los países más avanzados— a extremos inhumanos; todo ello generado básicamente por el éxodo masivo, principalmente de los menos arraigados —por ser los más pobres— de las áreas rurales hacia las ciudades, creando enormes hacinamientos de miserables implorantes del ilusorio beneficio económico de la industrialización urbana. La impetuosa canalización hacia esta forma de actividad económica, a despecho de la consideración humana y aun de las consecuencias prácticas que tal conducta social inevitablemente entrañaba, sumieron a las naciones rectoras del mundo: en un egoísmo monstruoso, en una desespiritualización

denigrante y en un individualismo desconocedor y reactivo a cualquier atisbo natural de solidaridad.

### **Acerca de la masificación**

La conjunción de las revoluciones reseñadas en los campos de las ideas y de los hábitos de vida, conmovieron al mundo sumergiéndolo en un caldo de cultivo de falsos valores, desvirtuándolo y dejándolo vulnerable a la acometida de mesianismos ideológicos o soluciones aberrantes a su propia naturaleza.

La moral del siglo XVII, sentido tutelar de la estructura cultural europea, fundamentada en el orden jerarquizado y jerarquizante, en las normas consagratorias de la disciplina social y en la consagración de los dogmas de la revelación, se trastrocó, siendo sustituida por la rebelión contra todo cuanto priva al hombre de su libertad de acción, del sentido igualitario y de la posibilidad de penetrar inquisitivamente en los dogmas de la fe con la herramienta simplificadora de la razón. La moral cedió terreno a la intelectualización desenfadada e hizo presa de una sociedad agitada por legiones de menesterosos, damnificados del cataclismo explosivo de la industrialización, que no tenían nada que perder, dado su miserable condición, sino que, desde sus perspectivas, muchas posibilidades de ganar, de mejorar, pero sólo mediante el expediente revolucionario a ser vivido dentro de sí mismos y de la sociedad como un todo.

En este ambiente se ha incubado la transformación más radical del concepto trascendente de la vida, gestándose el embrión ideológico que devendrá en una cosmovisión materialista y racionalista de la Humanidad, que alcanza su apogeo en el siglo XVIII.

Se gesta la masa como expresión social, y dentro de ella su producto orgánico: el sujeto masificado, el hombre masa, el ente socializado ideológicamente por su actitud racionalista frente a la vida, y racionalmente por su paradójica inmersión despersonalizada y anónima en la existencia, que así concebida carece de perspectiva de trascendencia.

### **Presencia del dilema**

Existe una cierta preconcepción simplificadora para percibir los dinamismos pendulares que históricamente caracterizan estos procesos. Se les suele vincular entre sí, a través de ciclos de causa y efecto bastante inexorables.

En realidad, no faltan argumentos a quienes sostienen tal hipótesis; pero aun cuando la surgencia sucesiva que les es constante la hagan válida, no parece ser que tal planteamiento satisfaga totalmente la explicación de las expresiones más representativa de sus manifestaciones.

El capitalismo, en su expresión aparentemente más radicalizada del liberalismo manchesteriano, ya tiene, desde el punto de vista ético, precedentes de determinado grado en la Antigüedad, aun cuando las connotaciones económicas sean, obviamente, imposibles de comparar. El ocaso cultural y político de Grecia, por ejemplo, es coincidente con la invasión de la filosofía por conceptos sobre la verdad y la vida tan transidos de materialismo como los de las doctrinas liberales del siglo XIX y aun de hoy.

El individualismo no pudo sino ser entonces, como ahora, inseparable compañero en su ruta. La conquista, por parte de Alejandro de Macedonia, es consecuencia, en gran medida, de la vulnerabilidad íntima —en su ser— a que la nación helénica había llegado, como consecuencia de la orfandad de trascendencia en que había caído.

Por otro lado, el comunismo, que al atenerse a lo proclamado en el *Manifiesto* de Marx y Engels, de 1848, es una reacción violenta contra las consecuencias del liberalismo — por mucho que sus componentes de política y diagnóstico social nazcan del error insuperable de explicar la historia de la Humanidad sólo en función de los procesos económicos que le serían inherentes— constituyéndose en la más totalitaria expresión del socialismo masificador, no resulta, desde la perspectiva del análisis moral, del todo novedoso históricamente. Ya en el Imperio mesopotámico, en los siglos xxii y xxi a.C. (tercera dinastía de Ur), en el antiguo Egipto y en el Imperio de los Incas hasta el siglo xvi de nuestra era, en que fue conquistado por España, se registran experiencias netamente socialistas. La Grecia concebida por Platón en *La República* y posteriormente las ideas difundidas por los movimientos heréticos medievales y por las sociedades filosóficas y literarias de la era del Iluminismo, influenciadas por el racionalismo materialista prerrevolucionario, también se fundamentaron en los presupuestos—y en las prácticas—socialistas. La cosmovisión materialista y racionalista alcanza su apogeo en el siglo xviii como maduración de la transformación del sustento ideológico que, como ha quedado dicho, se registra a partir del siglo xvi.

A su vez, el biologismo racista del nacional-socialismo —aun cuando hoy sólo exhibe su fracaso y consiguiente ocaso— constituye el primer experimento con pretensiones universales; pero tiene fondo común y encierra análoga perversidad demoledora —pese a sus discrepancias irreconciliables— con el materialismo dialéctico comunista. Ambos, en todo caso, promueven la formación previa —e indispensable a su entronización— del "hombre colectivo", desprovisto de individualidad y expuesto como "nuevo" producto de la Humanidad. La conjunción histórica de teoría y praxis permite sintetizar las ideologías socialistas y sustentar su proyección en los fundamentos básicos de la igualdad —y su consiguiente destrucción de la jerarquía— en la aniquilación de la propiedad privada; en la destrucción de la religión y en la destrucción de la familia. Vale decir, el presupuesto esencial de la "construcción" del socialismo es, precisa, indispensable y paradójicamente, la destrucción de la Humanidad, al menos como la concibe el Occidente cristiano.

O sea, no hay un determinismo cíclico, sinusoidal, sino una agresión permanente, incansable y latente de las fuerzas del mal que gravitan sobre el ánimo humano, sobre su esencia espiritual, sobre la "verdad y la vida", que sostienen la naturaleza del hombre y lo hacen portador de valores eternos.

El egoísmo es la característica del capitalismo en cuanto a sus rasgos negativos, así como el ateísmo —con todo lo que significa— es la esencia del comunismo. No al revés.

Ambos provienen del fondo del hombre, cuando éste descuida su opción por el bien, definición que sólo a él, individualmente, corresponde.

Aun sin los precedentes históricos concretos a que tan sucintamente se ha hecho referencia, ambos flagelos habrían existido con semejante y dramático potencial de perversidad.

## **EL HOMBRE DE HOY**

### **Acerca del colectivismo**

El hombre está hoy ávido de agrupamiento.

No sólo está congregado, apiñado, tendiendo a la socialización integral, sino ávido, compulsivamente necesitado de ella, para no sentirse náufrago, extraviado, solo.

Pero lo que ocurre es que ha perdido la capacidad de estar solo, de no ser parte de cualquier conglomerado, sea cual sea su naturaleza, índole o finalidad; en fin, de tener conciencia de sí mismo, de unicidad, de exclusividad en el destino que sólo a él pertenece; en resumen, de su individualidad.

Y no es que la soledad sea una situación ideal, o una forma instintiva de defensa, o una cauta inmersión evasiva y por ende apropiada para ocultar complacientemente aquello que no se desea o no se puede dar a conocer. Tampoco es una necesidad o una posibilidad deseable como fin en sí y por sí misma; más aún, puede ser carga difícil de soportar cuando es impuesta por las circunstancias, o refinada forma de tortura síquica cuando se la usa como medio de exclusión forzosa, de anulación humana o de inhibición agravante de la facultad que, por esencia tiene el espíritu del hombre de trascender, caso en el cual son, las más de las veces, ilusorios los empeños del poder frente a la capacidad que precisamente debe cultivar el hombre de preservar la inembargable propiedad de su ánimo y de su discernimiento, y de revitalizar el afán de ser intransferible, incanjeable, único en su rol humano individual.

La soledad puede ser voluntariamente asumida, deseada por uno mismo, comprendida en términos de tiempo y espacio personalmente definidos. O puede ser sólo aceptada como hecho consumado, acogida como algo inesperado, incluso ineludible, impuesta desde fuera de la propia voluntad. Sin embargo, y pese a la tan distinta condición de una y otra situación, la soledad, gota a gota, irriga el alma según pasan las horas, templándola, compactándola, haciéndola consistente y resistente y consolidando en el hombre su destino individual, responsable, comprometido con su identidad; inmunizándolo contra la contaminación de lo contingente, de lo ambiental, de lo endémico; haciéndolo impermeable a las modas superficiales, efímeras y uniformadoras; victorioso del acoso circundante; determinado a ser él mismo, a respirar el aire puro que está más arriba de la atmósfera enrarecida de lo público, de lo colectivo, de lo solidario a contrapelo, de lo comunitario por la mera fuerza del entorno, y tan multitudinario como ajeno.

Cuando el hombre recupere la posibilidad del recogimiento, de la reclusión, del silencio propio de una recatada soledad, será capaz de ensimismarse y discriminar ideas, afanes, fervores, aceptando aquellos que, siendo propios, merecerán y comprometerán su voluntad de acción, y de desechar los que se han incubado en él sólo por la presión de la vida conglomerada, poliforme, multifacética, y no son más que productos de su reacción defensiva ante la verdadera agresión del medio omnipresente e incesantemente opresivo.

En la quieta soledad del alma, las emociones encontrarán el instrumento transformador, de las bellezas de la creación, el cauce ordenador de su estado natural, el proceso mezclador de sus posibilidades elementales y la inspiración para capturar mediante su propia intervención, rasgos o instantes de la obra de Dios. El hombre se promoverá a la condición de heredero de ella, partícipe de la responsabilidad divina de conservarla, coadyuvante de su manifestación expresiva, sustentador de su vigencia y humilde merecedor de la imagen y semejanza suya que le ha otorgado el Creador.

### **Acerca de la sumisión**

El hombre está, también, ávido de sumisión.

No sólo está sumiso, o proclive a la sumisión, sino ávido, compulsivamente necesitado también de ella, para así sustraerse a la obligación de adoptar decisiones, de tener que resolver, de necesitar comprometerse, de verse impelido a definirse.

Prefiere —más aún, implora en su intimidad espiritual— que otros piensen por él, aprecien, evalúen y dictaminen por y para él, y que sólo le impartan órdenes, le den tareas a cumplir y ojalá en claros términos de qué hacer, cómo hacer, cuándo hacer y dónde hacer aquello que hay que hacer... mediante qué medios y respecto de cuáles objetivos... Y si no le especifican el qué, el cuándo, el dónde y el cómo, se apresurará a inquirirlo con la medrosa inquietud del desamparado al cual se le niega la luz en trance de "tener que" recorrer un camino.

Y si, pese a las precisas instrucciones —mientras más lo sean, mejor— los imponderables naturales, las descoordinaciones u otras circunstancias propias de la lógica de la incertidumbre lo privan o alejan de la obtención de los objetivos abstractos perseguidos o de la conquista del objeto sustantivo pretendido, tendrá el alivio de diluir la sensación de fracaso en el concepto dogmático que tiene de la subordinación, y en el refugio —presto a acoger su debilidad— de la sumisión. Subordinación y sumisión, condiciones que paradójicamente le darán autoridad y fuerza para responsabilizar de la defección a esa difusa idea —aunque sólida sensación— de "autoridad superior" que lo hace sentirse protegido, que lo convence de su inocencia y le permitirá ser absuelto por los demás —conjunto de otros como él— de todos los cargos inherentes a la derrota; pero con la ventaja adicional que, de esta forma, la frustración será también algo compartido, vinculante, y que de la consecuente unidad, aunque sea en el fracaso, se obtendrá la fuerza para enrostrárselo a aquel que debía haberle conducido al triunfo y que, al no conseguirlo, faltó gravemente a su deber... Así, ni siquiera el infortunio, que como consecuencia de la derrota es ineludible compartir, hará variar la actitud de evasión de la responsabilidad o de la culpa, sino que se convertirá en poderoso acicate apropiado y oportuno, además, de crítica y descalificación del que, por haber asumido una actitud conductora, por haberse definido, por haberse mantenido individual, por haber sido capaz de ser "él", además de "nosotros", personificará todas las iniquidades del fracaso, y más aún, deberá rendir cuenta ante la poderosa y anónima inferocracia de los frustrados unidos, por la temeridad de haber asumido su personalidad.

Como consecuencia ulterior de todo esto, el riesgo corrido, en el que sucumbieron las esperanzas —ya no sólo ese implícito en toda empresa humana, sino éste dolorosamente experimentado— lo hará sustraerse más aún a la posición individual caracterizada por los rasgos distintivos singulares. Querrá estar tanto o más sumiso que antes, tanto o más subordinado; preferirá estar cómodamente sometido, seguir sumido en su situación de masividad anónima, mero ente integrante de una mecánica funcional dependiente del impulso activador externo, y no como generador del impulso, o de pasiones, emociones o estímulos trascendentes. No como individualidad definida en actitud de conducción o, al menos, en disposición responsable a asumirla, o aunque sea a compartirla, sino como engranaje a la espera del chispazo de fuerza que lo eche a andar junto con toda la maquinaria de la que es órgano necesario, pero tan inerte como ella mientras no sea puesta en marcha. Eficiente, isócrona y monótona marcha; transitoria, dependiente y funcional a ajenas finalidades desconocidas.

Cuando el hombre recupere su conciencia de responsabilidad individual se rescatará de lo unánime, de los prejuicios, de los tópicos de lo acostumbrado, y reaccionará dentro del caudal que lo arrastra a la deriva, asumiendo su entidad y haciendo prevalecer lo que lo distingue del resto, por ser suyo y no de los demás, proporcionándole la confianza en su fuerza para nadar contra la corriente o alcanzar la orilla. Desechará el ideal de su debilidad decadente y lo sustituirá por el difícil desafío de la fortaleza, removerá el pavor secreto a su autoafirmación, resolverá por sí mismo y se liberará del vicio embriagante de la multitud,

sustentadora engañosa de la inconsciencia colectiva. Asumirá, su destino, adoptará un rumbo y aceptará la incertidumbre de lo ignoto, porque habrá empezado a conocerse a sí mismo.

### **El hombre nuevo**

A este hombre de hoy, al cual se le ha pretendido aureolar con un halo de prestigio progresista, vanguardista, de predestinación y proyección optimista, inserto en el ilusorio progreso de las estructuras civilizadas que ya no sólo no controla, sino que lo arrastran en su cauce, alienado y seducido con estimulantes; artificiales, sucedáneos de la verdad, se le ha otorgado el ilusorio y eufemístico adjetivo de "nuevo". Pero, en realidad, ha sido embaucado, lo han hipotecado espiritualmente a cambio del engañoso protagonismo de un futuro cuyo destino está unido a la decadencia a que lo conduce "el fin inevitable de las culturas", que es la civilización. Lo han hecho claudicar y aun renegar del pasado, de sus propios antepasados, de la historia humana, a cambio de esperanzas difusas como tales y que escasamente podría acariciar como metas ideales de fe en el futuro, acosado como queda en un "presentismo" vertiginoso e intrínsecamente inasible.

Desvinculado en vida del "más allá" y privado de los valores absolutos trascendentes, es un ser terrenal.

Es un ser masificado, anulado por la masa o convertido en miembro funcional a ella; en todo caso, totalmente doblegado a su dominio y dependiente integralmente, en lo externo, de su poder. Este acondicionamiento externo, sin embargo; lo captura internamente, lo despoja del pensamiento propio y le crea uno colectivizado —que, además, no es susceptible de discernimiento, sino que hace ciega profesión de fe en el poder y la razón de la colectividad— en el cual no caben las contradicciones ni las inconsecuencias, ya que sólo hay variaciones sin continuidad; son "otras" ideas. Se siente relevado de todos sus deberes y, por ende, entregado cómodamente a la dinámica o al inmovilismo de la masa. Es esclavo de las consignas, está carente de unidad ideológica propia y receloso de los pensamientos autónomos; detesta aquellos que no son los de la colectividad y se desinteresa, por tanto, de un verdadero desarrollo del intelecto en su expresión superior. Condicionado por la masa y ávido de sumisión, su tarea humana se reduce a la obediencia, liberándolo de toda inhibición moral ante sí mismo. Su afectividad, no decantada por la reflexión ética, es primitiva y se realiza en sensualidad desbordada o caudillismos míticos y mesiánicos delirantes, que prodigan refugio a su alma a la deriva. Es el típico representante del temor humano; marcha a compás y se siente desamparadamente solo si no lo acompaña la masa. Su suprema concepción del orden es la uniformidad.

Privado de personalidad y carente de sus raíces naturales, la Patria le es reemplazada por la comunidad colectiva que no reconoce nacionalidad; la Familia, degradada al solo fin reproductivo, y desaparecido el concepto de hogar, como lugar de reposo, reflexión, acopio de fuerzas y adquisición de valores; el Pasado le es representado sólo como una construcción útil a la justificación de la colectividad, en la que él carece de sujeción histórica y de tradiciones, usos y costumbres; la Religión le es intolerable y lo único trascendente es la colectividad, que le anula su propio valor ante Dios (al que se rinde cuenta de los actos individuales); el ateísmo es condición previa de su realidad de hombre masa y fundamental antídoto contra su espiritualidad ética; la Moral le resulta inexistente, situación que le allana la invasión de los vicios que la aniquilan, tales como la pornografía, la drogadicción, el violentismo y el desprecio a la verdad y a la vida, constituyentes, estos últimos, por su propia definición, de la esencia de Dios. Es un ser desarraigado.

## **INDIVIDUALIDAD**

### **Expresión de la Individualidad**

Entre el individualismo intrínsecamente egoísta —y dogmático como todos los "ismos"— y la masificación disolvente, surge el ser humano rescatado como individuo, cuya solidaridad con el género proviene de su condición de hijo de Dios, hecho a su imagen y semejanza, y cuya singularidad no se manifiesta sino mediante el don del libre albedrío con que lo dotó el Creador, para que lo use como orientador de sus actos durante la existencia terrenal, etapa transitoria de obtención de la vida eterna.

Aparece la opción de la individualidad, la del ser humano único y diferente a todos los demás, pero hermanado a ellos por la común paternidad de Dios.

La primera expresión de la individualidad se manifiesta en la capacidad del hombre de independizarse del medio. De recobrar a sí mismo, de recuperarse como persona. No necesariamente de aislarse del entorno de la vida como una actitud de rechazo, sino que de singularizarse en ella por la capacidad de discernir. Es el proceso de unificación, sólo a partir del cual los demás, conducentes a la individualidad, pueden cumplirse. Sólo después de encontrarse consigo mismo y definirse personalmente, el hombre podrá estar en condiciones de realizarse en sus vínculos con los otros, partiendo de su prójimo. Nunca podrá sentirse integrante auténtico de una sociedad si no posee plena conciencia de su identidad, y ésta sólo podrá realizarse humanamente en la medida que esté disponible, abierto a los demás.

El hombre individual ha de trascenderse a sí mismo en la generosidad, posibilidad que resultaría imposible al egoísta o al masificado. Buscará la verdad con sincera honestidad, capaz de hacerle renunciar a su propio juicio sobre las cosas, si aceptar el ajeno lo aproxima a la comprensión de lo que es auténtico y válido. Asumirá la carga que agobia a sus semejantes, para atenuarla o aligerar el tránsito al punto de destino, compartiendo los problemas ajenos y haciéndolos suyos, para encontrarles y darles solución beneficiosa para todos. Estará dispuesto a prodigarse a sí mismo en aquello que otros necesiten y él posea, y tendrá la capacidad de persistir en su entrega a través de la fidelidad en la amistad y en el amor, única forma de otorgar continuidad fecunda a su disposición de generosidad.

En cuanto a su conducta, estará siempre consciente de su fin trascendente en la vida eterna y ajustará los hechos de su existencia terrenal a la consecuencia que ellos puedan tener con tal finalidad. Estará siempre dispuesto a responder por sus actos, los cuales serán producto de pensamientos propios, cuyo referente estará en lo moralmente verdadero y válido. Estará siempre llano a comprometerse con la nobleza de los sentimientos y a luchar por ellos en cualquiera circunstancia, con abstracción de consideraciones ajenas al fin mismo o de falsos pragmatismos. Amará a su patria y defenderá su territorio, su dignidad, su pueblo, sus tradiciones, su estructura económica, su cultura y sus símbolos. Se identificará con su hogar, amaré a su familia y defenderá el rol social fundamental de ella, ante cualquier intento de daño o agresión moral, espiritual, biológica, intelectual, cultural o económica. Venerará el pasado, manifestará gratitud por la herencia, respetará las tradiciones, observará las costumbres, exaltará las virtudes de los antepasados y se sentirá ligado a la historia y a los compromisos en ella contraídos. Será religioso, creyente en Dios, obediente de sus mandamientos y difusor de su doctrina, y ajustará su conducta a un orden moral consecuente con los imperativos divinos de existir en la verdad y preservar la vida.

## **Exponentes de la Individualidad**

A lo largo de la historia se suceden los ejemplos de seres que han reivindicado la verdadera y esencial naturaleza del hombre. Seres que han convivido con épocas, razas, situaciones y paisajes diferentes; tiempos y ámbitos inéditos, pasados e irreproducibles; circunstancias que no pueden ser comparadas en sentido alguno, por su intrínseca condición distintiva.

Esos seres, expresiones de preclara individualidad en su medio, tienen, sin embargo, mucho en común, pese a que todo cuanto les rodeaba, su propia circunstancia, era tan única como ellos mismos.

Fueron generosos de aquello que les era propio. Persiguieron, con ahínco, la verdad. Se entregaron a los anhelos de sus semejantes con amor ilimitado.

Eligieron fidelidades que les fueron más valiosas que sus propias vidas.

Algunos destacaron nítidamente e hicieron huella por la cual han transitado las generaciones sucesivas en reiterado homenaje de gratitud por sus obras. Otros, anónimamente, irradiaron su ejemplo creando las condiciones necesarias para impulsar empresas gigantescas de superación de la Humanidad. Muchos contribuyeron a impulsar el ascenso del género humano.

Tenemos testimonio concreto de la existencia de los más, pero otros mantienen la mágica imagen que nace en la leyenda, se inserta en la historia, se idealiza como referente de conducta ejemplar y se identifica con las aspiraciones de nobleza que, a pesar de todos los pesares, aún alienta al hombre consciente de su pertenencia al occidente cristiano. También algunos personajes de la historia trascienden a la leyenda, perteneciendo legítimamente a ambas.

Los mártires del cristianismo, los santos y los místicos, los artistas, los genios y los descubridores, los caballeros del cantar de gesta, los héroes y los verdaderos estadistas; todos fueron seres humanos —o se representan en función de un rol íntimamente humano— frágiles en su estructura biológica, menguados en el tiempo y limitados en el espacio, impelidos a la vulnerabilidad del dolor y del sufrimiento; o sea, hombres a cabalidad, sin nada de superhombres; vale decir, emisarios de la vida realizada en la más humana plenitud de inmortalidad del alma, a partir de la esencial mortalidad de su sustancia material. Fueron todos, diferentes a sus contemporáneos. Inmensamente superiores a ellos en el orden de sus respectivas contribuciones para mejorar el mundo, pero tan humanos como ellos.

Sólo que prevalecieron como individualidades. Se conocieron a sí mismos, se abrieron a la comunidad, se entregaron apasionadamente al objetivo generoso que les animaba y relativizaron conscientemente los valores en juego, comprometiéndose con los más nobles. Superaron el egoísmo y se liberaron de la masa. Eligieron, ni más ni menos, ser ellos mismos.

## **Afirmación y proyección**

La individualidad es, fundamentalmente, un concepto.

Es una forma de percibir al hombre en relación con su circunstancia. No fuera de ella; ni menos, sin ella.

Ambos, él y su ámbito, son parte de la Creación; se deben a ella, forman parte de ella y están comprometidos con su preservación, progreso, embellecimiento y atractivo, para así poder entregarla a las generaciones sucesivas, más acogedora y hermosa.



No hay otra forma de colaborar con la obra de Dios, sino asumiendo profunda conciencia de ser la componente humana de ella y la responsabilidad de prodigarse en acción expansiva para compartirla en toda su manifestación de potencialidad protectora y perfecta.

La individualidad se realiza, entonces, en la facultad exclusiva del hombre de contribuir a Dios en la satisfacción de su concepción de la Creación; en su aporte para que ella sea lo que El quiere que sea, puesto que así la hizo. Y al hombre a su imagen y semejanza, para hacerlo digno de regirla.

El hombre afirmará su individualidad, teniendo una actitud ante la vida a partir de sí mismo; en función de la Humanidad, desarrollada en el mundo y orientada hacia Dios.

Su quehacer será expresión de esa actitud, sus actos e ideas consecuentes con ella y el éxito de su vida referido a la adhesión a esa misión humana que, al orientar el sentido de su existencia, le impartirá legítima razón actual y auténtica trascendencia de futuro.

Así como el hombre singularizado realizará su tarea humana a partir de su individualidad, única forma de asumir la cabal responsabilidad de sus actos, proyectará esta noción de entidad a todo cuanto constituya incentivo de su acción caracterización de su perfil social y razón de sus amores, gratitudes y desvelos.

Tal disposición se realizará en la defensa de lo característico y propio de aquello, precaviéndolo de asimilaciones disolventes o debilitamientos de su esencia distintiva. Desconfiará de las integraciones, asociaciones, fusiones o absorciones que no garanticen la preservación de la naturaleza, la identidad, el genio propio y el estilo peculiar de sus partícipes o componentes.

La familia evitará asimilarse a las diversas formas de comunidades que le limiten su privacidad, necesaria para la realización de la vida íntima que constituye la fortaleza sólida de su cohesión interior, la riqueza de su vinculación espiritual, la confianza en su destino y la base de su amor.

Los países rehuirán las tendencias internacionalistas, unionistas porque sí, panamericanistas o pan-cualquier-cosa, que propendan a establecer supraconcepciones por encima de las identidades nacionales propias o que pretendan subordinar sus rasgos distintivos a ideas, propósitos o intereses externos, foráneos, precipitados desde difusas superestructuras y no surgentes desde concretas conveniencias institucionales.

Al igual que el hombre, la familia y la nación no deben sino estar animadas de generosidad y solidaridad con sus semejantes; pero a partir de sí mismas, como expresión de su voluntad soberana de ser libres para hacer el bien y negarse al mal.

Las familias deben tender a la amistad diáfana y desinteresada, fundamentada en la complementación de sus virtudes, méritos y posibilidades individuales, para apoyarse mutuamente con sus medios y capacidades en busca del progreso social. Pero no sólo sin desvirtuarse, sino afianzando todo cuanto les es propio, como células de la sociedad en su rol integral de estructura física y de fermento vital, biológico y espiritual.

Las naciones, a su vez, deben intercambiar sus productos, complementarse económicamente, transferirse sus posibilidades de progreso y desarrollo, participarse de los signos de sus culturas, asistirse en sus infortunios unirse para enfrentar la agresión del abuso y expansionismo imperialista; facilitarse sus vinculaciones y estimularse en sus logros; pero preservando sus soberanías, manteniendo sus autonomías políticas, conservando sus estilos de vida, ateniéndose a sus propias normas sociales, culturales y económicas, respetando sus

tradiciones propias, venerando sus antepasados y sus símbolos y proyectándose al porvenir que, con independencia, hayan elegido como meta de sus aspiraciones y justificación de sus esfuerzos.

\* \* \*

La afirmación y proyección de la individualidad requieren fortaleza.

Los hombres, las familias y las naciones que deseen preservarla, precisan ser valientes; estar dispuestos para, razonablemente, es decir, atendiendo a bienes más altos, arrostrar peligros, sobrellevar males y no retroceder ni ante la muerte, consagrándose, si es llegado el caso, hasta el heroísmo.

Su espíritu debe estar cultivado para vencer el miedo, para impedir que se arredre ante la inminencia del peligro y se refrene su audacia, única disposición válida para desafiar el riesgo o aun la muerte.

La valentía se ejerce en el ataque y en la perseverancia hasta el fin. Con ella se vence el pesimismo y se privilegia la virtud por sobre la vida corporal.

La virtud, como actitud de vida, generalmente está unida a la fortaleza; que es, por lo demás, una de las virtudes cardinales.

Chile, lejano y pequeño hito de la sociedad occidental, ha dado ejemplar y persistente muestra universal de fortaleza y engendrado condignos hijos.

Arturo Prat es uno de ellos.

En su momento y circunstancia, fue hijo, estudiante, servidor público, subalterno, jefe, esposo, padre y héroe ejemplar. Su vida toda estuvo enmarcada en la escasez material, en el esfuerzo constante por realizarla en dignidad y en la sobriedad que la presidió. El cumplimiento de sus deberes como marino lo pusieron en trance de muerte con singular frecuencia cuando debió arrostrar, conscientemente, los peligros de su oficio. Amó a Dios con profunda devoción religiosa. Cultivó sólidamente la sabiduría y el conocimiento. Restó tiempo al descanso, para estudiar y realizar su vocación por la ley y el derecho y para enseñar a los obreros en la escuela nocturna de Valparaíso. Cumplió funciones de máxima responsabilidad, en el extranjero, en tiempos cruciales para el país. Cauteló hasta el extremo los recursos fiscales puestos a su disposición. Definió su camino en la vida y lo recorrió sin desviarse un ápice de su sentido inequívoco.

La morbosa compulsión a encontrar sombras en la trayectoria humana de los grandes conductores de la sociedad, se ha frustrado definitivamente en Prat. No hay absolutamente ninguna que empañe la diáfana presencia de su individualidad sobre el horizonte terreno de la vida. Sus amores fueron trascendentes, intensos, pero, sobre todo, legítimos. A ellos se consagró sin vacilaciones, debilidades ni condicionamientos, en íntimo equilibrio de humanidad. Su estructura espiritual le preservó de los atractivos azarosos de la contingencia de su época y le permitió reservar los alientos de su vida para los más altos valores del hombre cristiano y occidental.

Y tal vez nadie fue más fuerte que él, ni más virtuoso. Fue paradigma del valor en trance permanente de generosidad.

Estamos ciertos que Prat jamás albergó duda alguna que "la nobleza, obliga". Y vivió y murió en consecuencia.

## BIBLIOGRAFÍA

- WILL DURANT: *Historia de la filosofía*, Edit. Joaquín Gil, Buenos Aires, 1957.
- JOSE MARIA GIRONELLA: *Gritos del mar*. Editorial Planeta, Barcelona, 1973.
- ANDRES HUNEEUS; *La década decisiva* (Del individualismo al totalitarismo). Corporación de Estudios Contemporáneos, 1980.
- EMIL LUDWIG: *Genio y artista*. Editorial Claridad, Buenos Aires, 1937.
- JOSE ORTEGA Y GASSET: *El espectador*, Salvat Editores, Navarra, 1970; *¿Qué es filosofía?*, Espasa-Calpe S.A. Madrid; 1973; *La rebelión de las masas*, Espasa-Calpe S.A., Madrid, 1975.
- GAETAN PICON: *Panorama de las ideas contemporáneas*. Editorial Guadarrama, Madrid, 1965.
- BRUNO RYCMLOWSKY: *Filosofía*. Edit La Gracitudo Nacional, Santiago, 1976.
- M. FEDERICO SCIACCA: *Historia de la filosofía*, Edit. Luis Miracles S.A. Barcelona
- JUAN ANTONIO WIDOW: *El hombre, animal político*, Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, Santiago, 1934
- WALTER BRUGER, S.L: *Diccionario de filosofía*. Editorial Herder, Barcelona, 1975.
- JOSE FERRATER MORA: *Diccionario de filosofía*, Editorial Atlante S.A., Méjico, D.F., 1941.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Diccionario de la lengua española*, Espasa-Calpe S.A., Madrid, 1970.
- *Revista Academia* N° 8, Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, Santiago, 1983.
- Textos del Curso "Trayectoria y análisis de la sociedad occidental":
- IGOR CHAFAREVITCH; *El socialismo en nuestro pasado y en nuestro futuro*.
- CHRISTOFER ERTEL: *El hombre nuevo*.
- PAUL HAZARD: *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)* (traducción de Julián Marías).
- ANDRES HUNEEUS: Wilhelm Röpke y su obra; *La crisis social en nuestro tiempo; Más allá de la oferta y la demanda, Civitas humana*.
- ERICH KAHLER: *Historia universal del hombre*.
- S.S. Pío XII: *Benignitas et humanitas*.
- JULIO RETAMAL: *¿Y después de Occidente, qué?*
- PITIRIM SOROKIN: *Las filosofías sociales de nuestra época en crisis*.